



© Mariano Martín Rodríguez

JOAN CREXELLS

# La historia al revés

*INTRODUCCIÓN Y TRADUCCIÓN DE  
MARIANO MARTÍN RODRÍGUEZ*

Entre los pensadores modernos que han expuesto sus ideas en lengua catalana, el barcelonés Joan Crexells (1896-1930) destaca por su extraordinaria formación, ya que pudo seguir cursos de los mejores profesores de su tiempo, tanto en su tierra como en el extranjero, en Berlín y Londres, de acuerdo con el impulso cosmopolita que caracteriza a los intelectuales del grupo llamado *noucentista* en catalán y *novecentista* en castellano, entre los cuales los más famosos son, respectivamente, Eugeni D'Ors (1881-1954) y José Ortega y Gasset (1883-1955). Crexells también coincidió con estos y otros maestros novecentistas en lo referente a la variedad de sus intereses intelectuales, pues no solo escribió de filosofía, sino también de economía y otras ciencias

aplicadas, como la estadística. Además, adquirió sólidos conocimientos filológicos que le permitieron acometer la traducción al catalán de los diálogos de Platón. Su prematuro fallecimiento, a causa de una operación quirúrgica que salió mal, privó a Cataluña y el mundo de una mente excepcional, de forma semejante a como la muerte temprana, esta vez por suicidio, de Carlo Michelstadter (1887-1910) truncó una prometedora carrera intelectual. No obstante, Joan Crexells pudo escribir más que ese joven pensador austriaco de lengua toscana, con el que tiene en común la preferencia por el ensayo entre filosófico y literario, aparte de las tesis escolásticas que ambos pudieron escribir. Esa preferencia tiene un precedente directo, en el caso del autor

catalán, en la obra de Eugeni D'Ors, quien no dudó en emplear la ficción para exponer sus ideas, tal y como hizo en su espléndida versión de una leyenda inventada por Johann Wolfgang von Goethe (1749-1832), que lleva el título de «La copa del rei de Tule» [*La copa del rey de Tule*] (1899). Por su parte, Crexells fue bastante menos prolífico en su cultivo de la ficción que D'Ors, pero uno de sus textos se puede considerar también una obra destacada de ficción especulativa, clasificable en lo que hoy llamaríamos ciencia ficción.

Su artículo titulado «La història a l'inrevés» [*La historia al revés*]<sup>1</sup> vio la luz en el segundo volumen, número 7 (enero de 1925) de *Revista de Catalunya*, y solo se recogió en volumen póstumamente, en un libro de 1968 llamado precisamente *La història a l'inrevés*, lo que sugiere la importancia fundamental de aquel artículo. Este se presenta como un texto híbrido entre el ensayo y la ficción, pues su marco es plenamente ficticio, entre otras cosas por desarrollarse en un futuro especulado de carácter plenamente fictocientífico. De hecho, Crexells pide expresamente a sus lectores que adoptaran un distanciamiento cognitivo afín al propuesto por Darko Suvin como típico de la ciencia ficción (*cognitive estrangement*), ya que los invitó a aceptar como hipótesis realizada los viajes futuros a un lugar del universo tan lejano que se podía observar desde allí la historia de la tierra con un desfase de mil años hacia delante con respecto a la cronología terrestre.

El viaje lo realizan por fin varios profesores de distintas ciencias y orígenes nacionales, entre los países líderes en cada una de las disciplinas adoptadas (Alemania y la filosofía, Gran Bretaña y la economía, Francia y la sociología...). Desde su lejano destino, cada uno de ellos puede enterarse del curso de la historia de la Tierra

hasta el año 3000 y comunicársela de vuelta a los terrícolas en forma de tratados de sus respectivas especialidades, que Crexells se limita a citar o a resumir con fines de divulgación. El resultado textual es esta historia al revés, porque todos los estudios de los profesores enviados desde sus lejanas estrellas constituyen otras tantas vistas de la evolución de la humanidad terrestre, sobre todo desde el punto de vista de la evolución de sus ideas y prácticas filosóficas, económicas y religiosas. Tales vistas tienen en común, sin embargo, su perspectiva invertida. En cada una de sus disciplinas, los estudiosos insisten en abordar la marcha histórica de la humanidad como un camino de progreso... invertido.

En la Tierra se cree que el progreso avanza en el mismo sentido del tiempo, hacia adelante y el futuro, un futuro cada vez más tecnológico. En cambio, los sabios viajeros ven y defienden que el curso del progreso camina es hacia un mayor nivel de complejidad, esto es, de nuestro futuro a nuestro pasado, por las razones que cada uno de ellos argumenta de forma persuasivamente con el rigor intelectual de cada una de sus disciplinas. El resultado es chocante para nosotros, los hombres (palabra que Crexells emplea en su primera acepción de «ser humano»). Incluso nos podría parecer todo absurdo, como sugiere la doble alusión a la obra maestra del *nonsense* *Alice's Adventures in Wonderland* [*Aventuras de Alicia en el País de las Maravillas*] (1865), de Lewis Carroll (Charles Lutwidge Dodgson, 1832-1898). Sin embargo, la cita que hace Crexells del diálogo del unicornio y Alice/Alicia en esta novela acerca de sus realidades respectivas indica que se trata de una defensa del relativismo. El capítulo final de «La història a l'inrevés», en el que aparece esa cita, es una intervención

<sup>1</sup> Nuestra traducción al castellano se basa en el texto siguiente: Joan Crexells, «La història a l'inrevés», *Obra completa*, 1. De Plató a Carles Riba, prólog de Joaquim Molas, Barcelona, La Magrana, 1996, pp. 170-189.

explicativa del autor sobre la paradoja aparente del *regreso* como *progreso* que había propuesto en su texto a través de sus sabios personajes. Ahí reafirma su equivalencia y, en última instancia, su carácter secundario frente a la fundamental unidad humana. Esta afirmación de unidad matiza el relativismo radical aparente de la argumentación y le confiere un sentido humanista esencial muy distinto al relativismo bélico, entendido como conflicto permanente entre ideologías en lucha, que lleva décadas propagando el posmodernismo y sus derivaciones, con las consecuencias sociales hobbesianas que hoy ya están bien a la vista de quien quiera verlas.

Aparte del interés y el atractivo de la postura profundamente paradójica, pero con todo coherente que adopta ahí Crexells, «La història a l'inrevés» destaca también por el humor de su fina ironía, que se ejerce sobre las modas intelectuales modernas, desde el hegelianismo y el positivismo hasta la eugenesia, así como sobre sus representantes y otras figuras intelectuales tan famosas como el dramaturgo-ensayista George Bernard Shaw (1856-1950). Esa ironía se trasluce también en la imitación de los estilos de los presuntos autores de los tratados que cita, por ejemplo, la rebuscada complejidad del lenguaje filosófico alemán, con sus neologismos que tienen tanto de tecnicismos como de juegos de palabras involuntarios (y dotados generalmente, como en la obra de los hegelianos, de tan poca gracia como claridad). También se observa en el estilo relativamente llano y al grano del economista inglés o en la escritura ligera y juguetona, con sus preguntas retóricas, del historiador francés.

El estilo del propio Crexells, cuando se expresa con su propia voz, persigue sobre todo la claridad, sin temer siquiera el exceso de repeticiones, como para facilitar la tarea de comprender a unos lectores españoles a

quienes los novecentistas querían acercar al pensamiento internacional más exigente, para lo cual debían rebajar el rigor técnico y expositivo de sus ensayos, aunque sin disminuir por ello el rigor intelectual, y de ahí la cita en inglés<sup>2</sup> que, por ejemplo, Crexells elige como epígrafe para su artículo, indicando así la fuente de su inspiración. Esa tentativa española de conjugar el más alto nivel intelectual y un lenguaje culto, pero relativamente llano, es la acometida por entonces con indudable éxito por José Ortega y Gasset, de cuyo gusto por los símiles y metáforas parece burlarse Crexells al reproducir, en castellano, una frase más bien cursi de un prólogo a una traducción de un libro alemán hecha por un profesor madrileño. Por su parte, la sencillez aparente de la escritura de «La història a l'inrevés» es engañosa. Desde este punto de vista, Crexells era un *noucentista/novecentista* español típico y así lo demuestra este mismo artículo, que es obra tan refinada tanto por su contenido como por su forma, y que se erige en ejemplo muy representativo de fantasía erudita. Es una suerte de *scholarly fantasy* que tiene pocos rivales en la literatura fictocientífica de su tiempo, tanto en catalán como en otras lenguas, tal vez solo comparable, por ejemplo, a otro magistral *fictoensayo* especulativo irónico de tendencia filosóficamente relativista como es «Ist die Erde bewohnt?» [¿Está habitada la Tierra?] (1931), de Egon Friedell (1878-1938).

«La història a l'inrevés» nos invita también a adoptar una perspectiva alternativa y paradójica que nos ayude a pensar fuera de los caminos trillados y también lo hace con un humor irreverente (véanse, por ejemplo, los retratos irónicos de los profesores y de su medio académico) que demuestra que el ensayo filosófico no tiene por qué rimar con pesadez, sino que puede aliarse con el placer vivo de la ficción, incluso científica.

<sup>2</sup> A continuación ofrecemos una traducción castellana de este epígrafe: «La historia avanza o retrocede según el movimiento relativo de los acontecimientos y su observador».

# La historia al revés

*History goes forward or backward according to the relative motion of the events and their observer.*

Karl Pearson, *Grammar of Science*, 3.<sup>a</sup> edición, nota v del apéndice

## I

La cosa no tiene evidentemente nada de sensacional. Ya a principios del siglo XX se descubrió claramente la relatividad del curso de los fenómenos. Es bien sabido que a menudo en la Tierra sorprendemos la existencia de estrellas destruidas hace mucho tiempo. Y es que la velocidad de la luz, aunque muy grande, no es infinita. Para llegar a la Tierra, la luz del Sol tarda, según la ciencia, ocho minutos. La luz desde una estrella diez veces más lejana tardará ochenta minutos. Ahora todo es cuestión de poner ceros. La luz de una estrella a una distancia cien veces mayor que la del Sol a la Tierra, tardará ochocientos minutos, etc. Se puede ver fácilmente que, por el mismo simple proceso de añadir ceros, nos encontraremos a los cien años e incluso a los mil años. Supongamos

ahora una estrella cuya distancia de la Tierra sea tal que la luz tarde mil años en llegarnos. Esto es perfectamente posible. La magnitud del universo lo permite. Es por eso por lo que, como decía Kant, cada día nos llena de mayor admiración. Ahora, al llegar a estas alturas, yo os propongo haceros cargo de algo que no creo que revista dificultad alguna. Es lo siguiente: si tenemos un telescopio lo bastante potente, veremos todos los acontecimientos que pasan en aquella estrella, pero no, claro, los que ahora se produzcan, sino los que se produjeron hace mil años. Y una vez aquí, un facilísimo cambio de situación intelectual (mucho más fácil, ¡ay!, que el cambio de posición real) os convencerá de que, si aquella estrella tuviera habitantes y telescopio, podría observar la vida de la Tierra tal y como era hace mil años.

El último esfuerzo que pido al lector del siglo XX que por azar me lea es que se imagine una aeronave cuya velocidad sea tan superior a la de la luz que cubra el viaje de la Tierra a la estrella en cuestión en un año. De aquí a un año, la aeronave estará en la estrella; se verá, por tanto, lo que pasaba en la tierra 999 años antes del momento de la salida. Pero desde el

momento de la salida hasta el de la llegada se habrán desarrollado para los viajeros todos los acontecimientos de la Tierra durante esos 999 años, en un sentido opuesto al corriente.

El lector del siglo XX debía hacerse cargo de que el problema, una vez planteado, ya estaba teóricamente resuelto. Todo consistía en encontrar el telescopio y en construir la aeronave de la potencia y velocidad correspondientes requeridas. Esto era difícil, pero no imposible.

El hombre del siglo XX estaba convencido de que el *tempo* de las invenciones era uno *prestissimo*. Las invenciones, en efecto, eran constantes, hasta el punto de que el ciudadano que aún no había acabado muy bien de quedarse boquiabierto ante una invención, ya tenía que quedarse boquiabierto una vez más ante la siguiente. Y aunque un día se detuvieron las invenciones y transcurrió un par de siglos sin que se inventara nada más (la fe del hombre del siglo XX de que no se detendría lo que él entendía por progreso era, naturalmente, uno de tantos prejuicios y supersticiones de la época, que fue, como reconocieron los escritores posteriores, una de las épocas más oscurantistas y gratuitamente equivocadas por las que ha pasado la humanidad) y aunque transcurrió, pues, una época sin invenciones, se reanudó pasado algún tiempo la actividad de los sabios y, por último, se inventaron la aeronave y el telescopio junto con todos los aparatos necesarios para emprender el largo viaje.

Contar los incidentes y el transcurso del viaje que tuvo lugar hacia el año 3000, en el que participaron Mr. G. Brown, Sc. D., F. S. S. y F. R. S., el ilustre economista, Herr Geheimrat Dr. Braun, profesor de Filosofía en la Universidad de Donaueschingen (en aquella época, todos los pueblos alemanes de más de mil habitantes tenían al menos una universidad), Herr Oberregierungsrat Professor Mendelsohn,

catedrático de Biología, y M. P. Mendel, el ilustre especialista en Sociología del Instituto de Francia, contar el viaje, digo, sería la obra de alguien con temperamento de novelista.

Aquí no nos interesan más que los resultados.

Los cuatro ilustres profesores tuvieron una experiencia que nunca había tenido nadie. Refirieron la historia al revés. Esto les llevó a abrigar algunas ideas verdaderamente curiosas que expusieron en varios informes a las respectivas asociaciones científicas. Hasta entonces se había vivido la historia en un solo sentido. Desde ese momento, cuatro hombres eminentes la habían recorrido en sentido contrario. Y pasó lo que fatalmente tenía que pasar.

La humanidad que vivía en el siglo XX estaba convencida de que el siglo XX representaba un progreso con respecto al XIX, por la simple razón de que venía detrás. Pero ¿qué habría pasado si hubiera sido al revés, si el siglo XX hubiera sido anterior al siglo XIX a los ojos de alguien? ¿No habría habido una tendencia invencible a considerar que entre el siglo XX y el siglo XIX había un progreso indudable?

En este caso se encontraron los profesores. Su obra suscitó grandes debates. Ellos, desde su estrella, eran ciudadanos de una época remota de la humanidad y habían vivido las épocas que los vulgares humanos consideraban posteriores. Por lo demás, podían enviar sus mensajes a la humanidad actual, ya que el viaje solo duraba un año. Era, pues, algo único. El hombre primitivo, por boca de los ilustres profesores, se presentaba ante el actual a decirle simplemente: «No es cierto que de mí a ti haya progreso. La humanidad, al contrario, al pasar de ti a mí, ha progresado». Para los cuatro profesores, la gente de su tiempo de la Tierra eran un puro recuerdo; para la gente de la Tierra, la época en que los profesores vivían

era definitivamente pretérita. Pasaba como con aquella discusión del libro *Alice's Adventures in Wonderland*. Cuando Alicia se encuentra con el unicornio, este asegura que Alicia es un ser fabuloso, igual que Alicia lo tiene por fabuloso a él. Desgraciadamente no hay un ser superior y desinteresado que pueda decidir si el ser fabuloso es Alicia o el unicornio; asimismo, no existe el ser superior que decida si somos nosotros un recuerdo para los hombres del siglo I o ellos un simple recuerdo para nosotros.

Pero limitémonos (simples reseñadores de trabajos ajenos) a reproducir los trabajos de algunos de los sabios en cuestión.

## II

A continuación figuran algunos fragmentos del informe del prof. Braun presentado a la Sociedad Hegeliana de Berlín.

«La humanidad —afirmaba el prof. Braun—, la humanidad progresa. Es evidente que hay progreso del hombre del siglo xxx al hombre del siglo xx y del hombre del siglo xx al hombre del siglo x. Pero, en rigor, no es progreso del hombre, sino progreso de la Idea que corre por debajo de él y es la razón de sus evoluciones más profundas. Las grandes personalidades, igual que las grandes comunidades humanas que han llegado a dar un giro a la humanidad, son simples órganos de la Idea, la cual se revela en ellos. Cada pueblo, cada época, es una revelación de la Idea, revelación sometida, claro está, a restricciones, porque es la condicionalización del incondicionado (*die Bedinglichung des Unbedigten*).

»Todo lo real —añadía más adelante— es racional. Es necesario tan solo buscar su razón. Es cierto que la razón toma a veces caminos aparentemente absurdos para expresarse. Es cierto que a menudo parece que algún egoísmo

individual mueve y motiva únicamente la evolución. Pero ahí radica la astucia de la Idea, que usa los móviles y los motivos individuales para realizarse ella. Cuando a mediados del siglo XIX se estableció la esclavitud, la institución que luego se generalizó con tanta fortuna, los estados del sur de Norteamérica creían defender ventajas económicas; en realidad, eran un simple instrumento de la Idea. Era necesario, en efecto, extender la utilidad de la naturaleza inorgánica a la parte inferior de la naturaleza orgánica, para que sobre ellas planeara la soberanía del espíritu. Era un momento necesario de la evolución de la historia. Afirma Hegel, al hablar de las invenciones humanas cuando estudia la historia en el sentido tenido por los humanos por normal, que la invención aparecía cuando era necesaria una invención por las necesidades de la evolución de la Idea; lo mismo se puede decir que la aparición de la esclavitud procedió de una necesidad de la Idea. Hacía falta la pólvora, dice Hegel, ¡y ahí está! Asimismo podríamos decir: Hacía falta la esclavitud, ¡ahí la tenéis!

»El movimiento de la historia sigue un curso, cuyo esquema elemental es el de los tres momentos dialécticos: tesis, antítesis, síntesis. La síntesis es a la vez la tesis de un desarrollo más alto. Los períodos de la historia se ordenan según el esquema mencionado.

»El primer periodo va del año 3000 al año 2000. Es la época de la absoluta sumisión al principio formal del orden. Cada individuo tiene el programa de su vida perfectamente determinado. La libertad está anulada. Las máquinas realizan totalmente las funciones del hombre. Es el dominio total de los principios inorgánicos. La espontaneidad espiritual queda reducida al mínimo. La simplicidad espiritual es absoluta. Se dan de todas las cosas las explicaciones más sencillas, esto es, las explicaciones científicas.

»El primer periodo de la historia de la humanidad (periodo norteamericano) es el de la soberanía de la forma.

»En oposición a este periodo, en el año 2000 se inició el gran giro de la historia. El espíritu se rebela contra la forma y trata de liberarse de ella, pero este espíritu es en rigor todavía un simple producto de la forma. *La forma, al aprisionar el espíritu, lo crea.* Y el espíritu, al exteriorizarse, se rebela contra la forma. Terminamos por depender de los fantasmas que nosotros mismos hemos creado, se ha dicho. Y eso es lo que ocurrió en ese momento.

»La regulación de las actividades humanas se había producido por el hecho de la existencia de un principio formal de orden, por un derecho objetivo; pero, al llegar la revolución, nació el derecho subjetivo.

»El segundo periodo de la humanidad (periodo germánico) es el del dominio del espíritu como conciencia del derecho subjetivo.

»La actividad del espíritu se aplica en este período al ejercicio del derecho. Todo este período se caracteriza por el predominio de la cuestión del derecho sobre cualquier otra cuestión. La libertad radica simplemente en el ejercicio del derecho.

»Pero este largo período que llega hasta el cristianismo es lo suficientemente interesante como para que haya que hacer un análisis más detallado.

»Empieza con la simple conciencia de la forma del derecho. El fin del ejercicio de la libertad es la libertad misma, esto es, el contenido de la libertad es su misma forma. Para llenar esta forma era necesaria una evolución ulterior.

»La llamada Edad Media la aporta. El fin del ejercicio de la libertad no fue en la Edad Media un fin terrenal, sino un fin ultraterrenal. El triunfo de la Iglesia sobre el Estado significa el

progreso de la evolución de la idea en su camino hacia la complicación y el completamiento. El órgano de ejercicio del derecho, en lugar de ser el individuo en abstracto, el individuo en tanto que sujeto de derecho, pasa a ser la colectividad natural, la nacionalidad.

»Y una última evolución lleva en las tribus germánicas el ejercicio del derecho al individuo natural, en lugar del órgano colectivo natural.

»La síntesis de la forma y de la materia se realiza ahí en el terreno del derecho. El soporte del derecho, el actor del derecho, decía la primera época, es el individuo en abstracto (esto es, en cuanto cumple con su deber). El soporte del derecho, decía la segunda época, es la colectividad natural en concreto. El soporte del derecho, añadía la tercera época, es el individuo en concreto.

»Como se puede ver, hemos ido, en estas dos etapas, de la pura objetividad del derecho a la pura subjetividad. La síntesis la ofrece Roma. Roma dijo: hay un derecho subjetivo del Estado natural (Roma), que es el derecho objetivo de los particulares, y un derecho subjetivo de los particulares, que es el derecho objetivo del Estado. En el primer período, el derecho subjetivo era puramente el que implicaba el derecho objetivo; en el segundo periodo, el derecho objetivo era el que implicaba el derecho subjetivo; en el tercer periodo, el derecho subjetivo y el derecho objetivo se constituyen en una totalidad armónica.

»El momento del derecho estaba completado definitivamente en esta síntesis; un nuevo momento solo podía aparecer con la negación del derecho. Para conseguir esto, era necesario que apareciese un nuevo portador de la nueva idea».

Aquí venía una larga descripción de Grecia y un bello análisis de sus condiciones naturales; se explicaba, por ejemplo, cómo la limitación de horizontes implicaba el progreso

de la concepción del derecho, que es un ideal infinito, a la concepción de la belleza, que es un ideal finito, y otras ideas que fueron muy aplaudidas el día que el profesor Braun las leyó. Continuaba después, siguiendo su esquema ideológico:

«El principio del derecho solo se podía negar de una manera: preguntándose por el derecho del derecho. ¿Cuál es el derecho con el que usamos o sufrimos el derecho?, se preguntaban los griegos. El derecho no puede mantenerse si no es sobre la base de una idea. Yo tengo derecho a hacer algo a condición de que la cosa esté bien. No tiene ningún sentido decir que yo tengo o no tengo derecho simplemente a una cosa. Hay que saber si esta cosa está bien o no. Si está bien, tengo derecho a hacerla; si no, no. Aquí tenemos un principio estético introducido en el derecho. Así el derecho queda subordinado a la belleza.

»Tenemos ahora los dos principios en oposición, el principio del derecho y el principio de la belleza. ¿Qué fórmula los unirá? La fórmula que los une es una fórmula religiosa, tal y como apareció en los imperios orientales. En la elevada finalidad religiosa de los imperios orientales se aunaban la estética y el derecho. La organización de estos imperios era perfecta; como producto inmediato que era de la divinidad, tenía todas las características de la belleza y en esta organización (organización por castas) radicaban todos los derechos.

»Pero esta síntesis de derecho y belleza en la religión era primeramente la nueva tesis que la humanidad se planteaba. En rigor, no se puede hablar de religión, sino de religiones; cada familia, cada tribu, tiene sus dioses; tal fue el principio que apareció entonces. Y estos dioses son puros seres naturales; la divinidad es la naturaleza. No la naturaleza una, sino la naturaleza múltiple. La divinidad es este árbol que veo, este animal, esta piedra. La

plena realización de la naturaleza humana es ilimitada. Es creado el espíritu como naturaleza, los dioses son vistos en sus caracteres naturales...

»Esta es la etapa en la que nos encontramos —acababa el prof. Braun—, libres de todos los prejuicios antiguos, con el alma más rica que nunca, olvidado el lenguaje, olvidada la concepción unilateral del derecho, olvidada la belleza como norma, olvidada de todo artificio, libres, en fin, en la plenitud de nuestra naturaleza individual...»

El informe del prof. Braun suscitó grandes debates. Naturalmente, la gente que tan habituada estaba a seguir estas ideas cuando iban en un sentido, se sintió muy sorprendida al escucharlas aplicadas al revés. Los comentarios, en general, fueron desfavorables, aunque todo el mundo se hizo lenguas del vigor ideológico del filósofo.

Sobre este informe escribió el prof. Braun unas *Weltgeschichtliche Betrachtungen* (en un volumen de más de un millar de páginas) que tuvieron gran popularidad. Durante más de tres meses fueron el libro de moda. Rápidamente, las *Weltgeschichtliche Betrachtungen* se tradujeron al español. «Para completar con un augusto pino del norte el paisaje ideológico de España», decía el profesor de Filosofía de Madrid que había escrito el prólogo a la traducción.

### III

El ilustre economista Mr. Brown presentó un informe a la Sociedad de Estudios Económicos de Londres sobre la evolución de las formas y los instrumentos de producción en la historia.

«La organización de la producción va de la simplicidad a la complicación. La manera más simple de producir una cosa es producirla con una máquina; la manera más complicada

es producirla con los brazos y las manos del hombre, que son evidentemente las máquinas más complicadas que existen. Lo mismo ocurre con los medios de transporte; los medios de transporte más sencillos son los aeroplanos, los trenes y los automóviles; los medios de transporte más complicados son las piernas. El hombre, al evolucionar, ha pasado en la producción, como en todo lo demás, de lo más simple a lo más complicado. En la producción por los medios más complicados se evita de otro modo la despersonalización de la obra. En la producción en serie que caracterizaba la totalidad de la producción en los inicios de la historia, la personalidad del trabajador quedaba eliminada. Hoy, en cambio, la obra labrada directamente con las manos, o bien con unos instrumentos que apenas hacen nada más sino establecer una breve separación entre la mano y el producto, lleva la impronta de la propia personalidad.

»Pero la evolución de los instrumentos de producción trajo como consecuencia la evolución de su organización. El sistema de la división del trabajo caracterizaba a la edad primitiva de la humanidad. Este sistema hacía que un individuo que apretaba con regularidad cada minuto una palanca tuviera por ese trabajo casa, comida, una especie de ornamentos recargados que se llamaban indumentaria, etc. Nada lo hacía él, sino que todo lo hacían con movimientos sencillísimos también los demás. Naturalmente, para la gente con una ideología de una ingenua simplicidad, eso ya bastaba; pero, tan pronto como la humanidad empezó a sentir la necesidad de encontrar en los productos aquel delicado perfume de personalidad que es su mejor perfección, modificó la organización. El gremio sustituyó al consorcio. La personalización de la obra fue progresando. El gremio confería una personalidad a sus productos. En verdad que la individualización

del trabajo no era absoluta, pero el progreso era ya muy respetable. Se sentía, no obstante, que en los propios instrumentos había que ver no la personalidad ajena, sino la propia, a fin de llegar a la máxima perfección. Y, efectivamente, con lentitud pasó la humanidad del principio de la división del trabajo al principio del trabajo individual.

»Favoreció considerablemente esta evolución el hecho de la supresión de la moneda. La moneda era, en efecto, el malentendido fundamental.

»La moneda servía para fijar unos paralelos y equivalencias verdaderamente fantásticos entre las cosas. Se reducía todo al *standard* dinero, y así resultaba que una jarra era lo mismo que dos horas de trabajo, gracias a la idea primaria de que ambas cosas valían la misma cantidad de dinero. Hoy hemos llegado a la consideración de que dos cosas diferentes son siempre absolutamente diferentes. El hombre de los siglos antiguos, en su simplicidad, hacía una operación que se decía cambio. El cambio es hoy entre nosotros imposible, porque se tiene una fina percepción de las delicadas diferencias que hay entre las cosas. El cambio, modernamente, ha sido sustituido por el doble obsequio. A tiene un par de pendientes y B un brazaletes, y A desea el brazaletes y B los pendientes. Los antiguos hacían la reducción a dinero y, si el par de pendientes valía (por poner un ejemplo sencillo) la misma cantidad en dinero que el brazaletes, hacían un cambio. Pero los modernos, que tenemos una fina percepción por las diferencias, decimos: el cambio es imposible, porque entre un par de pendientes y un brazaletes no hay un denominador común: que A haga a B el obsequio de sus pendientes y B haga a A el obsequio de su brazaletes. Es esta una concepción tal vez un poco complicada para los hombres prehistóricos del siglo XX d. C., pero perfectamente clara y natural para el hombre

moderno del siglo XX a. C., satisfaciéndose así todas las necesidades del cambio sin las violencias de concepción a las que obliga el considerar equivalentes pendientes y brazaletes.

»Por lo demás, sin embargo, entre los hombres modernos se hace poco uso de este sustituto del cambio; se considera que una necesidad no está lo suficientemente bien satisfecha si se debe satisfacer con algo que no haya hecho o descubierto uno mismo.

»Este progreso que existe en la vida económica se revela incluso mediante la simple observación exterior de la vida del hombre moderno. La vida actual es mucho más agitada que la vida del hombre de los siglos que la gente de la Tierra llama modernos y que para nosotros son los más antiguos. La vida del hombre del siglo XXI d. C., por ejemplo, transcurría normalmente sentada. Las máquinas hacían su trabajo. El hombre del siglo XXI, al levantarse, se sentaba en un ascensor, luego se sentaba en un auto que lo llevaba a una fábrica, luego se sentaba delante de una máquina que trabajaba para él, etc. Esto no quiere decir que el hombre del siglo XXI no creyera llevar una vida agitada, pero, de hecho, se trataba de la agitación de las máquinas y no la del hombre; el hombre en rigor nunca ha vivido una vida más sencilla que en ese siglo y los sucesivos».

Cuando el informe alcanzó este punto, todos los honorables miembros de la Sociedad de Economía se lo tomaron como un insulto. Ellos lo toleraban todo. Incluso toleraban un informe de otro ilustre miembro en el que se afirmaba que «el sistema económico actual estaba basado en el expolio de los pobres ricos», pero lo que no podían tolerar es que se dijera que el hombre moderno de la Tierra no vivía una vida mucho más agitada que el antiguo. Eso era un insulto intolerable, porque los hombres concedían en aquel tiempo a las épocas pasadas todo tipo de superioridades, salvo que la vida

fuera más agitada que la de ellos. Era el tiempo de los profesionales de la agitación.

#### IV

El informe del Oberregierungsrat Dr. Mendelsohn versaba sobre «La selección y su progreso». La tesis del profesor Mendelsohn era que los medios de selección habían mejorado desde los primeros tiempos (que no hay que olvidar que para nosotros son los últimos) de la humanidad. Como toda la gente de su país, tenía el profesor Mendelsohn la facultad de generalizar y razonar con extraordinaria agudeza. Había sentido una gran pasión por la Eugenesia. Esto explica, seguramente, algunas de sus preocupaciones. Decía así el ilustre profesor:

«La naturaleza no solo hace triunfar al más apto, sino que cada día hace más fina y más rigurosa la medida de la aptitud. En los tiempos primitivos, el juego de una serie de elementos impuros que se mezclaban hacía débil la selección. Había el derecho que protegía al débil; había la medicina que protegía al débil; había la higiene que protegía al débil; había el repugnante sentimiento humanitario que protegía al débil. Todo ello hacía casi imposible la actuación de la selección. Si un ser era inferior, la higiene y la medicina impedían que él mismo se fuera consumiendo; el derecho impedía que sucumbiera en lucha con otras naturalezas más fuertes; el sentimiento humanitario lo mantenía en vida e incluso ponía a su servicio aquellas naturalezas más fuertes, que en tiempos avanzados habrían sido precisamente uno de los elementos más eficaces de selección. Si este estado de cosas hubiera durado mucho tiempo, es seguro que la humanidad habría desaparecido. No era posible este tipo de

perpetuación de los ineptos, esta selección al revés.

»Afortunadamente para los modernos, ninguna de esas fuerzas actúa. El débil muere por las enfermedades o lo matan sus semejantes, y solo se conservan las naturalezas fuertes durante el tiempo en que sean fuertes.

»El hombre actual es el superhombre que a finales del siglo XX presintió Nietzsche: un magnífico instrumento natural que llevaba en sí toda la fuerza que da la naturaleza potenciada hasta un grado insuperable y cada día más perfeccionado».

## V

Finalmente, el sociólogo M. P. Mendel escribió un libro sobre «El mecanismo ideológico en las sociedades modernas», que fue premiado por el Instituto de Francia. M. Mendel, influenciado por Auguste Comte, dividía la humanidad en tres períodos: período científico, período metafísico, período religioso. Cada uno de esos estadios, afirmaba, suponía y superaba el anterior. Reproducir largos fragmentos del libro sería inadecuado. Reproduciremos algunos puntos significativos.

«El período científico —decía M. Mendel— se caracteriza por un materialismo verdaderamente grosero. El mundo es puramente material; las relaciones que existen entre sus elementos son relaciones fijas y simplicísimas. Se desconoce la existencia del alma humana y del elemento espiritual en la naturaleza.

»La etapa metafísica inicia una transformación; se descubre el alma y se trata de interpretar la naturaleza en función de ella. Los últimos elementos del universo, se afirma, tienen algo de fundamento espiritual. Sin embargo, este espiritualismo conserva aún

rastros de la primera etapa puramente científica. Se quiere explicar metafísicamente la realidad por los mismos procedimientos, aunque no con los mismos elementos. Finalmente, la etapa religiosa viene a completar el curso de la historia. Un espiritualismo fecundo guía nuestro conocimiento de la naturaleza. El mundo está absolutamente espiritualizado. Se descubren los efectos de las potencias espirituales sobre él. Ningún prejuicio materialista falsea ningún dato inmediato de la conciencia. Es la realidad plena en toda su complejidad y toda su espiritualidad».

Sobre la categoría de causalidad decía el profesor Mendel palabras acertadísimas como estas:

«En un principio se aplicó a las relaciones entre los fenómenos el principio de función. Esto significa que entre dos fenómenos no había otra relación sino una relación completamente externa. El hombre de ciencia, o sea el hombre primitivo, decía que A era causa de B, pero su representación única en este punto era que A seguía regularmente a B. Esta era la única cosa que se afirmaba al decir que A era causa de B.

»Después, al llegar la etapa metafísica, se desarrolló finamente el concepto de causa. Cuando se veía que una piedra lanzada a un cristal de una ventana rompía ese cristal, se decía que el golpe era causa de la rotura, y se imaginaba la piedra *forzando* el cristal a romperse. En el primer período se había dicho: a la pedrada sigue la rotura del cristal. En el segundo se decía: la piedra *rompe* el cristal. En el período metafísico, cuando la piedra rompe el vidrio, se ve en la piedra una fuerza análoga al esfuerzo muscular humano de lanzar la piedra. La mano lanza la piedra, la piedra rompe el cristal, son dos momentos absolutamente análogos. La causa va unida a la representación del esfuerzo tanto en un caso como en el otro.

»Finalmente, llegó la última etapa, la etapa religiosa. En ella, esta simplicidad se desvanece. Cuando ocurre un hecho en la naturaleza, su causa no es única ni simplemente material, la causa material es puramente ocasional. En rigor, potencias espirituales producen el hecho *valiéndose* de causas materiales.

»La mentalidad de los hombres que el vulgo llama primitivos —añadía en otro lugar— es infinitamente más complicada que la de los hombres que el mismo vulgo llama civilizados. ¿Cómo comparar, por ejemplo, la idea de causa a la idea de presagio? ¿Qué pobreza en la primera! ¡Qué maravillosa complicación en la segunda! ¿Cómo concebir, para un hombre habituado al razonamiento puramente científico, la idea de *tótem*? Una tribu lleva el nombre de un animal y es necesario entonces respetar a todos los animales de ese nombre si no se quiere ocasionar grandes desgracias. ¿Hay nada más complicado?

»Un hombre está muerto porque una piedra le ha caído encima. El hombre del siglo XX d. C., dirá en el concepto vulgar que la causa de la muerte es la piedra. ¡Qué superficialidad! El hombre que entre los vulgares humanos se llama primitivo verá la piedra como un instrumento de una potencia espiritual que ha querido vengarse o castigarlo. Para uno, todas las muertes son naturales; para el otro, todas las muertes son sobrenaturales. Elevarse a esta última concepción no es ciertamente obra de ningún cerebro superficial».

Seguía hablando el profesor Mendel, en esta misma línea de razonamiento, de las complicaciones de la idea de tabú, de la adivinación, de los signos que proporcionan los sueños, etc. Y afirmaba enérgicamente que ningún hombre del siglo XX, y menos aún del siglo XXX, era capaz de comprender ningún razonamiento como el que los llamados

salvajes por los ignorantes explicaban cualquier acontecimiento.

«Y es que —decía para acabar— faltaba al hombre del siglo XXX o del siglo XX aquella admirable intuición de conjunto, aquel mero instinto que hace descubrir en las cosas naturales, e incluso materiales, la presencia y la eficacia de las potencias sobrenaturales que están íntimamente unidas al mundo de nuestra naturaleza».

## VI

Se ha dicho de Bernard Shaw que sus paradojas serían aún más brillantes si no quisiera explicarnos su mecanismo en los prólogos de sus dramas. Bernard Shaw enseña la trampa, se ha dicho.

Es muy posible que enseñar la trampa disminuya considerablemente el efecto estético de las cosas, pero, en cambio, sirve para aclararlas. Se puede tachar a quien enseña la trampa de mal artista, pero se le debe reconocer un cierto gusto por la verdad completamente limpia de detalles retóricos.

Con el buen deseo de que se me tenga por más amigo de la verdad que de la paradoja, aunque esté enamorado de ambas, yo me permitiré enseñar la trampa de este artículo, explicando cuál es mi intención. Es un hecho que en la evolución de la humanidad se han obtenido algunas cosas; en un cierto orden de ideas se ha realizado algún progreso. Pero es también un hecho que, para conseguir ese progreso, nos ha sido necesario sacrificar y dejar destruir muchas otras cosas. Es lógico y natural que nosotros pensemos que las que hemos salvado son las más importantes.

Sin embargo, ¿qué diría un hombre que viviera la historia al revés? ¿Tenemos derecho a suponer que estaría de acuerdo con nosotros o

más bien creería que las cosas importantes son las que nosotros hemos ido perdiendo, que para él serían las que habría ido ganando?

Puede verse que la línea de razonamiento de los que defienden la existencia de un progreso profundo en la historia humana se puede a menudo girar fácilmente al revés.

Dos seres que vivan en sentidos opuestos del tiempo, probablemente creerán progresar ambos. La solución la daría un tercer ser que viviera por encima de los dos y que comprendiera todo el valor de los razonamientos de los dos; pero, pero como este ser no es fácil de concebir, nos encontramos ante una gran dificultad.

Me diréis, claro está, que también es difícil concebir la posibilidad del viaje que propongo, a lo que responderé que lo que cuesta concebir es la posibilidad de su realización, pero que teóricamente la posibilidad es perfecta. ¿Y por qué no dar una *chance* de argumentar al ser, por ahora imaginario, que hiciera el singular viaje que propongo?

Antes he hablado de ese extraordinario libro de filosofía que se titula *Alicia en el país de las maravillas*, en el que autor, actuando

con perfecta *fairness*, da al unicornio el medio de argumentar su afirmación de que el ser imaginario es Alicia y no él. En esta discusión, naturalmente, no se entienden, pero llega un momento en que se inicia una posibilidad de resolución. El unicornio propone a Alicia:

«¡Toquemos y toquemos! Yo creeré que tú eres un ser real a condición de que tú creas que yo soy un ser real».

Asimismo, nuestros dos hombres, el que ha seguido la historia en el sentido normal y el que la ha seguido en el sentido inverso al normal, se podrían tal vez poner de acuerdo proponiendo el uno al otro:

—Si tú aceptas mi progreso, yo aceptaré tu progreso.

Sería una fórmula de arbitraje perfectamente admisible para ambos.

Aunque la fórmula ideal sería esta:

—Hay un cierto progreso yendo hacia adelante en la historia como hay un cierto progreso yendo hacia atrás en la historia. Sin embargo, ambas líneas de progreso son secundarias ante la unidad fundamental de la naturaleza humana.